

desenterrados de noche, y las cabezas se colocaron sobre palos en lo alto de Westminster-Hall. Las señoras iban á ver esas ignominias, el buen Evelyn las aplaudía, y los cortesanos componían canciones sobre el particular. Tanto habían descendido las personas que no sentían siquiera la repulsión física. Los ojos y el olfato no ayudaban ya á la humanidad con sus repugnancias; los sentidos estaban tan amortiguados como el corazón.

V

Al salir de esos espectáculos sangrientos se iban de jarana. Hay que leer la vida del conde de Rochester (1), cortesano y poeta, que fué el héroe del tiempo. Aquello son las costumbres de un truhán desenfundado y aburrido. Frecuentar garitos, seducir mujeres, escribir canciones sucias y folletos obscenos: he ahí sus placeres. Chismorrear entre las damas de honor, andar en dimes y diretes con los escritores, recibir injurias y propinar palizas: he ahí sus ocupaciones. Para darse aires de galán, antes de casarse con su mujer la roba. Para alardear de escepticismo, acaba por rehusar un duelo y ganar fama de cobarde. Durante cinco años, se dice, anduvo borracho. La fogosidad interior, falta de un desahogo noble, se explayaba en aventuras arlequinescas. Una vez, con el duque de Buckingham, alquiló una posada en el camino de Newmarket, y, convertido en posadero, agasajaba á los mari-

(1) Véase un *Estudio* detallado sobre Rochester, por M. Forgues. (*Revue des Deux-Mondes*, Agosto y Setiembre de 1857.)

dos y seducía á las mujeres. Disfrazado de vieja, penetra en casa de un avaro, le quita la mujer y se la transmite á Buckingham. El marido se ahorca, y los otros se ríen de la gracia. Otra vez se disfraza de mozo de silla de manos, luego de mendigo, y se mete en amoríos canallescios. Acaba por hacerse charlatán, astrólogo, y vende en los arrabales drogas para hacer abortar. Es el descoco de una imaginación vehemente, que se ensucia como otra se engalana, que se engolfa en la inmundicia y la locura como otra en la razón y la belleza. ¿Qué podía hacerse del amor en semejantes manos? Ni siquiera se pueden copiar los títulos de sus poemas; no ha escrito más que para los lupanares. Stendhal decía que el amor se parece á una rama seca arrojada al fondo de una mina; la rama se cubre de cristales, los cristales se ramifican y acaban por convertir la vulgar madera en centelleante piocha de diamantes puros. Rochester empieza por arrancarla todo su adorno; para estar más seguro de asirla, la reduce á un palo. Todos los delicados sentimientos; todos los ensueños; ese encanto; esa serena y sublime luz que transfigura en un instante nuestro miserable mundo; esa ilusión que, recogiendo todas las fuerzas de nuestro ser, nos muestra la perfección en una criatura limitada, y la felicidad eterna en una emoción que va á acabar, todo eso desaparece; no queda en él más que un apetito saciado y una sensibilidad apagada; lo peor es que escribe sin animación y correctamente; le faltan el ardor animal y la sensualidad pintoresca; se ve en sus sátiras un alumno de Boileau. Nada más repulsivo que la obscenidad fría. Se soporta la voluptuosidad veneciana, porque el genio realza allí el instinto físico, y la belleza, con sus ropajes deslumbradores, transforma la orgía en una obra de arte.

Se perdona á Rabelais cuando se ha visto la savia profunda de alegría y de viril juventud que rebosa en sus francachelas; no hay sino taparse las narices, y se sigue con admiración, y hasta con simpatía, el torrente de ideas y de imágenes que corre al través de su fango. Pero ver un hombre que trata de ser elegante sin dejar de ser sucio; que quiere pintar en lenguaje de hombre de mundo sentimientos de ganapán; que se afana en buscar para cada inmundicia una metáfora apropiada; que canallea con estudio y deliberadamente, y que, no teniendo por disculpa ni la naturalidad, ni la pasión, ni la ciencia, ni el genio, degrada el buen estilo hasta ese oficio, es ver un jayán zabullendo un atavío lujoso en el arroyo. Después de todo, vienen el hastío y los achaques. Mientras La Fontaine es capaz, hasta el último día, de amar y disfrutar, éste, á los treinta años, injuria á la mujer con una acritud lúgubre. «Cuando es joven, se prostituye por placer; cuando es vieja, prostituye á las demás por su sustento. Es un lazo, una máquina mortífera, una máquina de corrupción. Ingrata, pérfida, envidiosa, su condición es tan extravagante, que la lleva al odio ó á la bondad absurda. Si quiere ser grave, tiene trazas de demonio, y de casquivana ó de ramera cuando quiere ser afable... Es disputadora, perversa, indigna de confianza y ávida de gastarlo todo en lujo.» ¡Qué confesión tal juicio, y qué compendio de vida! Se ve á la postre al disoluto entontecido, seco como un esqueleto, roído de úlceras. Entre las canciones, las sátiras crudas, los recuerdos de proyectos abortados y de goces inmundos, que se acumulan, como en un albañal, en su cabeza fatigada, fermenta el temor de la condenación: muere devoto á los treinta y tres años.

El rey da el ejemplo en las alturas. Se precia de

hombre agradable y gentil. ¡Qué agrado y qué gentileza! No sienta el aire francés á los hombres de allende el canal. Católicos, caen en la superstición estrecha; epicureos, en la grosera relajación; cortesanos, en el bajo servilismo; escépticos, en el ateísmo desenfadado. Aquella corte no sabe imitar más que nuestros muebles y nuestros trajes. El exterior de regularidad y de decoro que el buen gusto público mantiene en Versalles se rechaza allí como un estorbo. Carlos y su hermano, vestidos con todas las galas regias, se echan á correr como en Carnaval. El día en que la flota holandesa quemó los navíos ingleses en el Támesis, el rey cenaba en casa de la duquesa de Monmouth, y se entretuvo en perseguir una mariposa nocturna. En el consejo, mientras se exponían los asuntos, jugaba con su perro. Rochester y Buckingham le contestaban de una manera insolente y le injuriaban con epigramas desvergonzados. Él se irritaba y los aguantaba. Con su amante armaba peloterías en público; ella le llamaba imbécil, y Carlos la llamaba á ella rocín. Volvía de su casa por la mañana, «de modo que hasta los centinelas hablaban del particular» (1). La concubina le engañaba á los ojos de todos; una vez se enredó con dos actores. Y encima le hacía agachar las orejas. «El rey ha declarado que no es suyo el hijo de quien está embarazada en este momento»; pero ella le ha dicho: «¡Le reconoceréis, con mil demonios!» Y él reconocía al niño, y, para consolarse, se enredaba con dos actrices. Cuando llegó su nueva esposa, Catalina de Braganza, la secuestró, echó á su servidumbre, la trató brutalmente para imponerla la intimidación con su concubina, y acabó por degradarla hasta aceptar esa

(1) Pepys.

amistad. El buen Pepys, á pesar de su corazón monárquico, concluye por decir: «Habiendo oído hablar al duque y al rey, y viendo y observando sus maneras de entenderse, ¡Dios me perdone!, pero, aunque los admiro con toda la obediencia posible, la verdad es que, cuanto más se los mira y observa, menos diferencia se ve entre ellos y los demás hombres, aunque, gracias sean dadas á Dios, ambos sean príncipes de una gran nobleza y de un bello carácter.» Él, en un día de fiesta, había visto á Carlos II llevar á miss Stewart al hueco de una ventana (1) y «devorarla á besos durante una media hora, á la vista de todos». Otro día, «el capitán Ferrers le dijo que un mes antes, en un baile de la corte, una dama que estaba bailando, dejó caer un niño». Le recogieron en un pañuelo; «el rey le tuvo en su gabinete cosa de una semana, y le disecó, gastando grandes bromas con ese motivo». Los cortesanos seguían el ejemplo. Miss Jennings, más adelante duquesa de Tyrconnel, se disfrazó un día de naranjera, y pregonó su mercancía por las calles. Pepys cuenta fiestas en que las damas y los galanes se embadurnaban la cara unos á otros con sebo y hollín, «de suerte que la mayoría de ellos parecían demonios». La moda era votar y jurar, contar escándalos, emborracharse, declamar contra los sacerdotes y la Escritura, y jugar. Lady Castlemaine perdió en una noche 25.000 libras esterlinas. El duque de Saint Albans, ciego, iba al garito, á los ochenta años, con un

(1) «Yo no sé quién había dicho á ese loco de Crofts que todos los moscovitas tenían mujeres guapas y que todas sus mujeres tenían bonitas las piernas. El rey sostuvo que no las había tan bonitas como las de miss Stewart. Ella, para sostener la apuesta, enseñó la pierna hasta por encima de la rodilla.» (Grammont.)

criado que se encargaba de nombrarle las cartas. Sedley y Buckhurst se desnudaban para andar por las calles después de media noche. Otro, en pleno día, se asomaba desnudo á la ventana para arengar á la multitud. Dejo á Grammont los partos de las damas de honor y los gustos contra naturaleza: esas cosas no cabe más que mostrarlas ú ocultarlas, y yo no tengo el valor de insinuarlas graciosamente á su modo. Concluyo con un relato de Pepys que dará la medida. «Enrique Killigrew me ha hecho comprender lo que es esa sociedad de que se ha hablado tanto recientemente, y que se designa con el nombre de *bailarines* (*ballers*). Se compone de varios jóvenes locos, en cuyo número figuraba él, y de lady Bennett (condesa de Arlington), con sus damas de compañía y sus sirvientas. Allí se entregaban á todos los desenfrenos imaginables; allí se bailaba en el estado de naturaleza.» Lo inconcebible es que esa kermesse no es alegre: los personajes son misántropos y se ponen sombríos; citan al lúgubre Hobbes y le tienen por maestro. Efectivamente: la filosofía de Hobbes es la que va á decirnos la última palabra y á dar la última pincelada sobre esa sociedad.

VI

Hobbes es uno de esos espíritus vigorosos y limitados que se llama positivos, tan frecuentes en Inglaterra, uno de esos espíritus de la familia de Swift y de Bentham, dotados de la potencia brutal de una máquina de acero. Así vemos en él un método y un estilo de una sequedad y de una energía extraordinarias,

grandemente eficaces para construir y destruir; vemos igualmente una filosofía que, por la audacia de sus dogmas, ha proyectado una luz inmortal sobre uno de los aspectos indestructibles del espíritu humano. En cada objeto, en cada suceso, hay algún hecho primitivo y constante que es como el núcleo sólido á cuyo alrededor vienen á agruparse los ricos desarrollos que le completan. El espíritu positivo cae desde el primer momento sobre ese núcleo, aplasta la brillante vegetación que le cubre, la dispersa, la aniquila, y luego, concentrando sobre él todo su esfuerzo, le entresaca, le levanta, le talla, y le erige en un lugar visible desde donde brillará en adelante para todos y por siempre como un cristal. Todos los adornos, todos los sentimientos quedan excluidos del estilo de Hobbes; sólo resta un montón de argumentos y de hechos apiñados en un espacio reducido, y ligados entre sí por la deducción como por grapas de hierro. Nada de matices, ninguna expresión sutil ni rebuscada. No emplea sino las más familiares del uso común y durable; desde hace doscientos años no hay doce en él que hayan envejecido; penetra hasta el centro del sentido radical, deja á un lado la corteza pasajera y brillante, circunscribe la porción sólida que es la materia permanente de todo pensamiento y el objeto propio del sentido común. Siempre, para afinar, excluye; alcanza la solidez mediante las supresiones. De todos los lazos que unen las ideas, no conserva más que uno, el más estable; su estilo no es más que un razonamiento continuo y de la especie más tenaz, compuesto todo él de adiciones y de sustracciones, reducido á la combinación de algunas nociones sencillas que, agregándose unas á otras ó separándose las unas de las otras, forman, bajo diversos nombres, totales ó diferencias,

cuya generación se sigue siempre, y cuyos elementos siempre se desentrañan. Hobbes practicó anticipadamente el método de Condillac, remontándose desde el principio al hecho primordial, completamente palpable y sensible, para seguir de grado en grado la filiación y el parentesco de las ideas de que es tronco; de suerte que el lector, conducido de cifra en cifra, puede justificar á cada momento la exactitud de su operación y comprobar el valor de sus productos. Semejante instrumento lógico siega en el campo de los prejuicios con una rigidez y una despreocupación de autómeta. Hobbes desembaraza á la ciencia de las expresiones y de las teorías escolásticas. Se burla de las sutilezas, descarta las especies sensibles é inteligibles, rechaza la autoridad de las citas (1). Saja, con mano de cirujano, en el corazón de las creencias más vivas. Niega que los libros de Moisés, de Josué y los demás sean de sus pretendidos autores. Declara que ningún razonamiento logra probar la divinidad de la Escritura, y que, para creer en ella, necesita cada uno una revelación sobrenatural y personal. Destruye en cuatro palabras la autoridad de esa y de toda revelación: «Decir que Dios ha hablado en sueños á un hombre es decir simplemente que ese hombre ha soñado que Dios le hablaba. Decir que ha tenido una visión ú oído una voz es decir que ha soñado entre dormido y despierto. Decir que habla por una inspiración sobrenatural es decir que siente en sí mismo un ardiente deseo de hablar ó que abriga una opinión poderosa en cuyo abono no puede alegar ninguna razón natural y suficiente.» Hobbes reduce el hombre á un simple

(1) «Si se quiere respetar la antigüedad, la edad más avanzada es la presente.»

cuerpo, el alma á una simple función, Dios á una simple incógnita. Todas sus frases son ecuaciones ó reducciones matemáticas. En efecto: de las matemáticas toma su idea de la ciencia, y con arreglo al patrón de las matemáticas quiere reformar las ciencias morales. El punto de partida de las matemáticas es el que da á las ciencias morales, cuando asienta que la sensación es un movimiento interno causado por un choque exterior; que el deseo es un movimiento interno dirigido hacia un cuerpo exterior, y, con esas dos nociones combinadas, fabrica todo el mundo moral. El método de las matemáticas es el que aplica á las ciencias morales, cuando discierne como los geómetras dos ideas simples que transforma por grados en ideas más complejas, y con la sensación y el deseo compone las pasiones, los derechos y las instituciones humanas, como los geómetras con la línea curva y la línea recta componen los poliedros más complicados. El aspecto de las matemáticas es el que da á las ciencias morales, cuando exige en la vida humana su construcción incompleta y rígida, á imagen de la red de figuras ideales que los geómetras instituyen en medio de los cuerpos. Por vez primera se veía en él como en Descartes, pero con exceso y con mayor relieve, la forma mental que distinguió en toda Europa á la edad clásica: no la independencia de la inspiración y del genio, como en el Renacimiento; no la madurez de los métodos experimentales y de las concepciones sintéticas, como en la edad presente; sino la independencia de la razón discursiva, que, descartando la imaginación, emancipándose de la tradición y practicando mal la experiencia, halla en la lógica su reina, en las matemáticas su modelo, en el discurso su órgano, en la sociedad culta su auditorio, en las verdades medias su empleo, en el

hombre abstracto su materia, en la ideología su fórmula, en la revolución francesa su gloria y su condenación, su triunfo y su fin.

Pero mientras Descartes, en medio de una sociedad y de una religión depuradas, ennoblecidas y apaciguadas, entronizaba al espíritu y levantaba al hombre; Hobbes, en medio de una sociedad trastornada y de una religión delirante, degradaba al hombre y entronizaba al cuerpo. Por aversión á los puritanos, los cortesanos reducían la vida humana á la voluptuosidad animal; por aversión á los puritanos, Hobbes reducía la naturaleza humana á la parte animal. Los cortesanos eran ateos y brutales en la práctica; él era ateo y brutal en la especulación. Ellos habían establecido la moda del instinto y del egoísmo; él escribía la filosofía del egoísmo y del instinto. Ellos habían borrado de su corazón todos los sentimientos delicados y nobles; él borraba del corazón todos los sentimientos nobles y delicados. Erigía sus costumbres en teoría, daba el manual de su conducta y redactaba de antemano los axiomas (1) que iban á traducir en acciones. Según el uno como según los otros, «el primero de los bienes es la conservación de la vida y de los miembros; el mayor de los males es la muerte, sobre todo con tortura». Los demás bienes y males no son sino medios de esos. Nadie busca ni desea sino lo que le es agradable. «Nadie da sino mirando á su propio bien.»

¿Por qué son bienes las amistades? Porque son útiles, toda vez que los amigos sirven para la defensa y para otras varias cosas.

¿Por qué compadecemos la desgracia ajena? Porque

(1) Sus principales obras fueron escritas entre 1646 y 1655.

consideramos que podía ocurrirnos á nosotros una desgracia semejante.

¿Por qué es hermoso perdonar á quien pide perdón? Porque es una prueba de confianza en sí mismo.

He ahí el fondo del corazón humano. Ved ahora qué se hace entre esas manos de las más preciosas flores. «La música, la pintura, la poesía, son agradables como imitaciones que recuerdan lo pasado: porque si el pasado ha sido bueno, es agradable en imitación como bueno; y si ha sido malo, es agradable en imitación como pasado.» A ese grosero mecanismo reduce las bellas artes. A sus ojos, la filosofía es del mismo orden. «Si la sabiduría es útil, es porque presta algún auxilio; si es deseable en sí, es porque es agradable.» Así, no hay en la ciencia ninguna dignidad: es un pasatiempo ó un auxilio; vale como pueden valer un criado ó un juguete. El dinero, como cosa más útil, vale más. Por eso «no es rico el que es sabio, como dicen los estoicos, sino que es sabio el que es rico». En cuanto á la religión, no es más que el «miedo á poderes invisibles, fingidos por la mente ó aceptados en virtud de historias públicamente autorizadas». En efecto, eso es verdad para el alma de un Rochester ó de un Carlos II; cobardes ó insultantes, crédulos ó blasfemos, no sospecharon nada más allá. Ningún derecho natural. «Antes de que los hombres se ligasen por convenios, cada uno tenía el derecho de hacer lo que quisiese contra quien quisiese.» Ninguna amistad natural. «Los hombres no se asocian más que por interés ó vanidad, es decir, por amor de cada uno á sí mismo, no por amor á los otros.

El origen de las grandes sociedades durables no es la mutua benevolencia. En el estado de naturaleza todos tienen el deseo de dañar... El hombre es un lobo

para el hombre... El estado de naturaleza es la guerra, y no como se quiera, sino de todos contra todos, y esa guerra es por esencia eterna.» El desencadenamiento de las sectas, el conflicto de las ambiciones, la caída de los gobiernos, el desbordamiento de las imaginaciones agriadas y de las pasiones malélicas habían sugerido esa idea de la sociedad y del hombre. Todos, filósofos y pueblo, aspiraban á la monarquía y al reposo. Hobbes, á fuer de lógico inexorable, la quiere absoluta; así la represión será más fuerte y la paz más estable. Que nadie resista al soberano. Haga lo que quiera contra un súbdito, y sea el que quiera el pretexto, nunca comete injusticia. El es el que debe decidir de los libros canónicos. Es Papa, y más que Papa. Sus súbditos, si él lo ordena, deben renunciar á Cristo, al menos de boca; el pacto primitivo le entregó sin reservas la íntegra posesión de todos los actos exteriores; por lo menos, de ese modo, los sectarios no tendrán el pretexto de su conciencia para perturbar el Estado. A tales extremos habían conducido á un espíritu estrecho y consecuente la inmensa fatiga y el horror de las guerras civiles. Sobre esa cárcel tapiada, donde encerraba y estrechaba con todas sus fuerzas á la bestia maligna, asentaba como última piedra, para eternizar el cautiverio humano, la filosofía entera y toda la teoría, no sólo del hombre, sino del resto del universo. Reducía los juicios á la «adición de dos nombres», las ideas á estados del cerebro, las sensaciones á movimientos corporales, las leyes generales á simples expresiones, toda sustancia al cuerpo, toda ciencia al conocimiento de los cuerpos sensibles, todo el ser humano á un cuerpo capaz de movimiento; de forma que el hombre, no viéndose á sí mismo ni á la naturaleza más que por la faz menospreciada, y te-

niendo una baja idea de sí propio y del mundo, pudiese doblegarse bajo el peso de la autoridad necesaria y sufrir el yugo que su rebelde naturaleza rehuye y debe soportar. Tal es, en efecto, el deseo que sugiere ese espectáculo de la Restauración inglesa. El hombre merecía entonces ese tratamiento, porque inspiraba entonces esa filosofía; va á presentarse en escena tal y como se ha mostrado en la teoría y en las costumbres.

VII

Cuando los teatros, cerrados por el Parlamento, volvieron á abrirse, no tardó en notarse que había cambiado el gusto. Shirley, el último de la gran escuela, no escribe ya y muere. Davenant, Buckingham y Dryden se ven obligados á retocar las obras de Shakespeare, de Fletcher y de Beaumont, para ajustarlas á la moda. Pepys, que va á ver el *Sueño de una noche de verano* (1), declara «que no volverá allí nunca, porque es la obra más insípida y ridícula que ha visto en su vida». La comedia se transforma: es que el público se había transformado.

¡Qué espectadores los de Shakespeare y de Fletcher! ¡Qué almas tan juveniles y encantadoras! En aquella sala infecta donde había que quemar enebro, ante aquella miserable escena á media luz, ante aquellas decoraciones de taberna y aquellos papeles de mujeres representados por hombres, se apoderaba de ellos la ilusión. No se preocupaban gran cosa de la verosi-

(1) 1662.

militud; se los podía pasear en un instante por bosques y océanos, de un cielo á otro, al través de veinte años, entre diez batallas y todo un laberinto de aventuras. No iban deseosos de reír siempre; la comedia, después de una expansión de regocijo, recobraba su seriedad ó su ternura. Iban más que á alegrarse á fantasear. Había en aquellos corazones vírgenes como un cúmulo de pasiones y de sueños, pasiones sordas, sueños brillantes, cuyo enjambre aprisionado zumbaba oscuramente, esperando que el poeta llegara á abrirle la novedad y el esplendor del cielo. Paisajes entrevistos á la luz de un relámpago, la blanca meleña de una larga ola que se desploma, un trozo húmedo de bosque donde las corzas levantan su inquieta cabeza, la súbita sonrisa y la mejilla sonrojada de una joven que ama, el vuelo sublime y variable de todos los sentimientos delicados, y por encima de todo, el éxtasis de las pasiones novelescas: he ahí los espectáculos y las emociones que iban á buscar. Subían de suyo á lo más alto del mundo ideal; querían contemplar las magnas generosidades, el amor absoluto; no se asombraban de las escenas fantásticas, entraban sin esfuerzo en la región que la poesía transfigura; sus ojos tenían necesidad de esa luz. Comprendían de golpe sus excesos y sus caprichos; no tenían necesidad de ser preparados; seguían sus divagaciones, sus rarezas, sus exuberantes invenciones, las repentinas prodigalidades de sus colores recargados, como un músico sigue una sinfonía. Hallábanse en ese estado pasajero y extremo en que la imaginación adulta y virgen, henchida de deseos, de curiosidades y de fuerzas, desarrolla el hombre de repente, y, en el hombre, lo más exaltado y exquisito.

Un público de libertinos ocupa ahora el puesto de